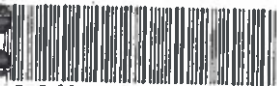


UNIVERSIDAD DE CHILE



3 5601 15930 3902



aportación de Henri Lefebvre
 empieza a ser valorada en la actuali-
 dad por los urbanistas de todo el
 mundo. Aplicando al urbanismo los
 principios de la sociología marxista,
 Lefebvre ha enjuiciado el hecho
 trascendental —para la vida del
 hombre— de la aparición de la ciu-
 dad moderna. La Era Industrial ha
 propiciado la formación de los gran-
 des conglomerados humanos y ha
 creado nuevos y graves problemas
 que el autor enjuicia ahora. Henri
 Lefebvre es autor de títulos tan im-
 portantes como Posición contra los
 burocratas, La vida cotidiana en el
 mundo moderno, Sociología de Marx,
 de lo rural a lo urbano, etc., los
 cuales han sido
 de la misma colección.

Durante largos siglos la tierra ha
 sido el gran laboratorio, según la
 expresión de Marx; pero desde hace
 escasamente un siglo la ciudad ha
 venido a reemplazarla. El fenómeno
 urbano manifiesta hoy día su enor-
 midad desconcertante para la refle-
 xión teórica. Ello obliga a concebir
 una estrategia que permita su co-
 nocimiento y que es inseparable de
 la estrategia política, aunque distin-
 ta: ha aparecido el derecho a la ciu-
 dad, es decir, a la vida urbana, con-
 dición de un humanismo y de una
 democracia concebida sobre premi-
 sas nuevas. La presente obra sienta
 las bases de un juicio crítico sobre
 los problemas de la ciudad, en los
 cuales urbanismo y sociología apa-
 recen como dos ciencias estrecha-
 mente vinculadas.

HENRI LEFEBVRE EL DERECHO A LA CIUDAD

HISTORIA/CIENCIA/SOCIEDAD 44



EL DERECHO A LA CIUDAD HENRI LEFEBVRE

003469

una estrategia urbana que está ya en funcionamiento y en acción). Este librito no se propone solamente pasar por el tamiz de la crítica las ideologías y actividades que conciernen al urbanismo. Su objetivo consiste en introducir estos problemas en la conciencia y pasarlos a los programas políticos.

De la situación teórica y práctica, y de los problemas —la problemática— relativos a la ciudad y a la realidad y posibilidades de la vida urbana, para comenzar, adoptaremos lo que antaño se denominaba «una visión de caballero andante».

Industrialización y urbanización: primeras aproximaciones

Para presentar y exponer la «problemática urbana» se impone un punto de partida: el proceso de industrialización. Sin lugar a dudas, este proceso es el motor de las transformaciones de la sociedad desde hace siglo y medio. Distinguiendo entre *inductor e inducido*, podríamos situar como inductor al proceso de industrialización, y enumerar entre los inducidos a los problemas relativos al crecimiento y planificación, a las cuestiones que conciernen a la ciudad y al desarrollo de la realidad urbana, y, por último, a la importancia creciente del ocio y de las cuestiones referentes a la «cultura».

La industrialización caracteriza a la ciudad moderna. Ello no implica irremisiblemente los términos de «sociedad industrial», cuando se pretende definirla. No obstante, aunque entre los efectos inducidos figuren la urbanización y la problemática de lo urbano, sin figurar entre las causas o razones inductoras, hasta tal punto se acentúan las preocupaciones que estas palabras evocan que podríamos definir como sociedad urbana a la realidad social a nuestro alrededor. Esta definición reproduce un aspecto de importancia capital.

La industrialización nos ofrece, pues, el punto de partida de la reflexión sobre nuestra época. Y ello porque la Ciudad preexiste a la industrialización. Observación en sí perogrullesca pero cuyas implicaciones no han sido formuladas plenamente. Las más eminentes creaciones urbanas, las obras más «hermosas» de la vida urbana («hermosas», decimos, porque son obras, más que productos), datan de épocas anteriores a la industrialización. Hubo, en efecto, la ciudad oriental (vinculada al modo de producción asiático), la ciudad antigua (griega y romana, vinculada a la posesión de esclavos), y más

tarde la ciudad medieval (en una situación compleja: insertada en relaciones feudales, pero en lucha contra el feudalismo de la tierra). La ciudad oriental y la antigua fueron esencialmente políticas; la ciudad medieval, sin perder el carácter político, fue principalmente comercial, artesana, bancaria. Supo integrar a los mercaderes, hasta entonces casi nómadas, y relegados del seno de la ciudad.

Con los inicios de la industrialización, cuando nace el capitalismo concurrencial, con la aparición de una burguesía específicamente industrial, la ciudad tiene ya una pujante realidad. En la Europa occidental, tras la casi desaparición de las ciudades antiguas a lo largo de la descomposición de la romanidad, la ciudad recupera su empuje. Los mercaderes, más o menos errantes, eligieron para centro de sus actividades lo que subsistía de los antiguos núcleos urbanos. Inversamente, puede suponerse que estos núcleos degradados cumplieron la función de activantes en lo que restaba de economía de trueque, sostenida por mercaderes ambulantes. En detrimento de los feudales, las Ciudades, a partir del creciente excedente de la agricultura, acumulan riquezas: objetos, tesoros, capitales virtuales. Nos encontramos, pues, en estos centros urbanos, con una gran riqueza monetaria, obtenida mediante la usura y el comercio. En ellos, el artesanado, una producción muy distinta de la agricultura, prospera. Las ciudades apoyan a las comunidades campesinas y a la franquicia de los campesinos, sin vacilar, por otra parte, en sacar provecho a su favor. Son, en resumen, centros de vida social y política donde se acumulan no sólo riquezas, sino conocimientos, técnicas y obras (obras de arte, monumentos). Este tipo de ciudad es en sí misma obra y esta característica contrasta con la orientación irreversible al dinero, al comercio, al cambio, a los productos. En efecto, la obra es valor de uso y el producto, valor de cambio. El uso de la ciudad, es decir, de las calles y plazas, los edificios y monumentos, es la Fiesta (que consume de modo improductivo riquezas enormes, en objetos y dinero, sin otra ventaja que la del placer y el prestigio.

Uso del Físico → poder en día y
objetos en un día -

Realidad compleja, es decir, contradictoria. Las ciudades medievales, en la época de su apogeo, centralizan la riqueza; los grandes dirigentes emplean improductivamente gran parte de estas riquezas en la ciudad que dominan. Al mismo tiempo, el capitalismo comercial y bancario ha convertido, ya para entonces, en móvil a la riqueza, y ha constituido circuitos de cambio, redes que permiten la transmisión del dinero. Cuando está a punto de entrar en juego la industrialización con el predominio de la burguesía específica (los «empresarios»), la riqueza ha cesado de ser principalmente inmobiliaria. La producción agrícola no es dominante, como no lo es la inmobiliaria. Las tierras escapan a los feudales para pasar a manos de capitalistas urbanos enriquecidos por el comercio, la banca, la usura. A consecuencia de esto, la «sociedad» en su conjunto, que comprende la ciudad, el campo y las instituciones que reglamentan las relaciones entre ambos, tiende a constituirse como retículo de ciudades, con una cierta división del trabajo (técnica, social y políticamente) entre estas ciudades comunicadas por carreteras, vías fluviales y marítimas, relaciones comerciales y bancarias. Cabe imaginar que la división del trabajo entre las ciudades no sería lo bastante pujante y consciente como para determinar asociaciones estables y poner fin a rivalidades y competencias. Un sistema urbano tal no llegó a instaurarse. Sobre la base mencionada se erigió el estado, poder centralizado. Una ciudad, causa y efecto de esta particular centralidad, la del poder, se impone sobre las otras: la capital.

Semejante proceso se desarrolla muy diferentemente en Italia, Alemania, Francia y el país de Flandes, Inglaterra, España. La Ciudad predomina pero sin embargo no es ya, como en la Antigüedad, «ciudad-estado». Podríamos distinguir pues tres términos: sociedad, Estado, Ciudad. En este sistema urbano, cada ciudad tiende a constituirse en sistema ensimismado, cerrado, completo. La Ciudad conserva un carácter orgánico de comunidad que le viene del pueblo, y que se traduce en la organización corporativa. La vida comunitaria (que comporta asam-

→ creación → artefacto → reproducción de un valor -

centralizado
individual

bleas generales y parciales) en nada impide las luchas de clase. Al contrario. Los violentos contrastes entre riqueza y poder, los conflictos entre poderosos y oprimidos, no impiden ni la afección a la Ciudad ni la contribución activa a la belleza de la obra. En el marco urbano, las luchas de facciones, grupos y clases refuerzan el sentimiento de pertenencia. Los enfrentamientos políticos entre el *minuto popolo*, el *popolo grasso*, la aristocracia u oligarquía, tienen la Ciudad como terreno, como empeño. Estos grupos rivalizan en amor a su ciudad. Los que poseen riqueza y poder, por su parte, se sienten continuamente amenazados. Justifican su privilegio ante la comunidad mediante suntuosos dispendios de su fortuna: edificios, fundaciones, palacios, embellecimientos, fiestas. Conviene subrayar esta paradoja, este hecho histórico mal esclarecido: las sociedades muy opresivas fueron muy creadoras y muy ricas en obras. Más tarde, la producción de productos reemplazó la producción de obras y relaciones sociales afectas a estas obras, sobre todo en la Ciudad. Cuando la explotación reemplaza a la opresión, la capacidad creadora desaparece. La noción misma de «creación» se paraliza o degenera, miniaturizándose en el «hacer» y la «creatividad» (el «hágalo Vd. mismo», etc.) Ello aporta argumentos para apuntalar esta tesis: La ciudad y la realidad urbana son reveladoras de valor de uso. El valor de cambio, la generalización de la mercancía por obra de la industrialización, tienden a destruir, subordinándosela, la ciudad y la realidad urbana, refugios del valor de uso, gérmenes de un predominio virtual y de una revalorización del uso.

La acción de estos conflictos específicos se ejerce en el sistema urbano que pretendemos analizar: entre el valor de uso y el valor de cambio; entre la movilización de la riqueza (en dinero, en papel) y la inversión improductiva en la ciudad, entre la acumulación de capital y su derroche en fiestas, entre la extensión del territorio dominado y las exigencias de una organización severa de este territorio que contorna la ciudad dominadora. Esta última se protege contra toda eventualidad median-

te la organización corporativa, que paraliza las iniciativas del capitalismo bancario y comercial. La organización gremial no reglamenta solamente un oficio. Cada organización gremial entra en un sistema orgánico, el sistema gremial reglamenta la repartición de actas y actividades en el espacio urbano (calle y barrios) y el tiempo urbano (horarios, fiestas). Este conjunto tiende a fijarse en una estructura inmutable. De ahí resulta que la industrialización supone la ruptura de este sistema urbano. La industrialización implica la desestructuración de las estructuras establecidas. Los historiadores (desde Marx) han puesto en evidencia el carácter estanco de los gremios. Queda quizá por demostrar la tendencia de todo el sistema urbano a una especie de cristalización y fijación. Allá donde este sistema se consolidó, hubo un retraso del capitalismo y la industrialización: en Alemania, en Italia. Retraso cargado de consecuencias.

Hay pues una cierta discontinuidad entre la naciente industria y sus condiciones históricas. No se trata ni de las mismas cosas ni de los mismos hombres. La extensión prodigiosa de los intercambios, de la economía monetaria, de la producción de mercancías, del «mundo de la mercancía» que resultaría de la industrialización, implica una radical mutación. El tránsito del capitalismo comercial y bancario, así como el de la producción artesanal a la producción industrial y al capitalismo competitivo, viene acompañado de una crisis gigantesca que ha sido bien estudiada por los historiadores, salvo quizás en lo relativo a la Ciudad y al «sistema urbano».

La industria naciente tiende a implantarse fuera de las ciudades, lo cual no constituye, por lo demás, una ley absoluta: ninguna ley es completamente general y absoluta. Esta implantación de empresas industriales, en un principio esporádicas y dispersas, dependió de múltiples circunstancias, locales, regionales y nacionales. Por ejemplo, la *imprensa*, al parecer, ha pasado de manera relativamente continua, en el marco urbano, del estadio artesanal al empresarial. Lo contrario ocurre con las actividades *textiles, minero-extractivas, y metalúrgicas*. La

industria naciente se instala cerca de las fuentes de energía (ríos, bosques, más tarde carbón), de los medios de transporte (ríos y canales, más tarde ferrocarriles), de las materias primas (minerales), de las reservas de mano de obra (el artesanado campesino, los tejedores y herreros, proporcionan una mano de obra ya cualificada).

Estas circunstancias permiten aún en la actualidad, en Francia, la existencia de numerosos centros textiles (valles normandos, valles de los Vosgos, etc.) que sobreviven a veces difícilmente. ¿Acaso no resulta notable que una parte de la metalurgia pesada esté establecida en el valle del Mosela, entre dos antiguas ciudades. Nancy y Metz, los únicos verdaderos centros urbanos de esta región industrial?

Las ciudades antiguas son, al mismo tiempo, mercados, fuentes de capital disponible, centros donde se gestionan estos capitales (bancos), residencias de los dirigentes económicos y políticos, reservas de mano de obra (es decir, los centros donde puede subsistir ese «ejército de reserva del proletariado», como dice Marx, que presiona sobre los salarios y permite el incremento de la plusvalía). Además, la Ciudad, como el taller, permite la concentración de los medios de producción (útiles, materias primas, mano de obra) sobre un limitado espacio.

Como la implantación fuera de las ciudades no resultara satisfactoria para los «empresarios», la industria, cuando le es factible, se acerca a los centros urbanos. Inversamente, la ciudad anterior a la industrialización acelera el proceso, sobre todo en cuanto permite el rápido incremento de la productividad. La Ciudad ha desempeñado, pues, un importante papel en el *take off* (Rostow), es decir, en el despegue de la industria. Las concentraciones urbanas han acompañado las concentraciones de capitales en el sentido de Marx. A partir de entonces, la industria produciría sus propios centros urbanos, es decir, ciudades y aglomeraciones industriales ora pequeñas (Le Creusot), ora medianas (Saint-Étienne), en ocasiones gigantescas (El Rhur, considera-

do como «conurbación»). Interesaría considerar más ampliamente el deterioro de la centralidad y del carácter urbano en estas ciudades.

El proceso nos aparece ahora, para el análisis, en toda su complejidad, complejidad que el término «industrialización» apenas revela. Esta complejidad se manifiesta en cuanto se cesa de pensar, por una parte, a partir de categorías de *empresa* y, por otra, a partir de cifras globales de producción (tantas toneladas de carbón, de acero), es decir en cuanto la reflexión distingue inductor de inducido, al observar la importancia de los fenómenos inducidos y su interacción con los inductores.

La industria puede prescindir de la ciudad antigua (preindustrial, precapitalista), pero, para ello, debe constituir aglomeraciones en las que el carácter urbano se deteriora. ¿No es quizá éste el caso de Estados Unidos y América del Norte, donde las «ciudades» en el sentido que se da a esta palabra en Francia y Europa son pocas numerosas (Nueva York, Montreal, San Francisco)? Sin embargo, donde un retículo de antiguas ciudades preexiste, la industria lo toma al asalto. Se apodera del retículo, lo remodela de acuerdo con sus necesidades. Asimismo, ataca a la Ciudad (a cada ciudad), le presenta combate, la toma, la arrasa. Adueniéndose de los antiguos núcleos, tiende a romperla. Ello no impide la extensión del fenómeno urbano: ciudades y aglomeraciones, ciudades obreras, barrios periféricos (con el apéndice de suburbios allá donde la industrialización no alcanza a ocupar y fijar la mano de obra disponible).

Nos encontramos ante un *doble proceso*, o, si se prefiere, ante un proceso con dos aspectos: industrialización y urbanización, crecimiento y desarrollo, producción económica y vida social. Los dos «aspectos» de este proceso son inseparables, tienen unidad, pero sin embargo el proceso es conflictivo. Históricamente, entre la realidad urbana y la realidad industrial hay un violento choque. El proceso adquiere, por su parte, una complejidad tanto mayor de aprehender cuanto que la industrialización no sólo produce empresas (obreros y jefes de em-

presa) sino *oficinas diversas*, centros bancarios y financieros, técnicos y políticos.

Este proceso *dialéctico* dista de ser esclarecido y, paralelamente, dista de estar terminado. Todavía hoy provoca situaciones «problemáticas». Aquí nos contentamos con citar algunos ejemplos. En Venecia, la población activa abandona la ciudad por la aglomeración industrial (Mestre), que, sobre el continente, la duplica. Esta ciudad entre las ciudades, una de las más hermosas que las épocas preindustriales nos han legado, está amenazada no tanto por el deterioro material debido al mar o al hundimiento del terreno cuanto por el éxodo de los habitantes. En Atenas, una industrialización relativamente considerable ha atraído a la capital a los habitantes de ciudades pequeñas, a los campesinos. La Atenas moderna no tiene nada en común con la ciudad antigua, recubierta, absorbida, desmesuradamente extendida. Los monumentos y lugares (ágora, acrópolis) que permiten reencontrar la ciudad antigua sólo representan ya un lugar de peregrinación estética y consumo turístico. Y, sin embargo, el núcleo organizativo de la ciudad continúa muy poderoso. Su contorno de barrios recientes y semisuburbios, poblados de personas desarraigadas y desorganizadas, le confiere un poder exorbitante. La gigantesca aglomeración casi informe permite a los poseedores de los centros de decisión las peores empresas políticas, sobre todo porque la economía de este país depende estrechamente de este circuito: especulación inmobiliaria, «creación» de capitales por este sistema, inversión de estos capitales en la construcción, y así sucesivamente. Es éste un circuito frágil que en cualquier instante puede romperse y que define un *tipo* de urbanización sin industrialización, o con débil industrialización pero con una rápida extensión de la aglomeración y la especulación, sobre los terrenos y los inmuebles. El circuito mantiene, así, una prosperidad ficticia. En Francia, podríamos citar numerosas ciudades que recientemente han quedado sumergidas por la industrialización: Grenoble, Dunkerque, etc. En otros ejemplos se

da una masiva extensión de la ciudad y la urbanización (en el sentido amplio del término) con poca industrialización. Ése sería el caso de Toulouse. Ése es el caso general de las ciudades de América del Sur y África, cercadas por un contorno de suburbios. En estas regiones y países, las estructuras agrarias antiguas se disuelven y los campesinos desposeídos o arruinados huyen a las ciudades en busca de trabajo y subsistencia. Estos campesinos proceden de sistemas de explotación destinados a desaparecer por el juego de los precios mundiales, que depende estrechamente de los países y «polos de crecimiento» industriales. Estos fenómenos dependen a su vez de la industrialización.

En la actualidad, pues, se agudiza un proceso inducido que cabe denominar «implosión-explosión» de la ciudad. El fenómeno urbano cubre una gran parte del territorio en los grandes países industriales. Cruza alegremente las fronteras nacionales: la Megalópolis de la Europa del Norte se extiende desde el Ruhr hasta el mar, e incluso hasta las ciudades inglesas y desde la región parisina a los países escandinavos. Este territorio está contenido en un *teido urbano* cada vez más tupido, aunque no faltan diferenciaciones locales ni un considerable grado de división (técnica y social) del trabajo en las regiones, conglomeraciones y ciudades. Al mismo tiempo, dentro de esta malla e incluso fuera, las concentraciones urbanas se hacen gigantescas; la población se abarrota alcanzando densidades inquietantes (por unidad de superficie o de habitación). Al mismo tiempo, también, muchos núcleos urbanos antiguos se deterioran, estallan. Los habitantes se desplazan hacia lejanas periferias, residenciales o productivas. En los centros urbanos, las oficinas reemplazan a las viviendas. A veces (en los Estados Unidos) estos centros son abandonados a «los pobres», y pasan a convertirse en ghettos para los desafortunados. A veces, por el contrario, las personas de mejor situación conservan fuertes posiciones en el corazón de la ciudad (alrededor de Central Park, en Nueva York; en Marais, en París).

Examinemos ahora el *tejido urbano*. Esta metáfora no es lo bastante clara. Más que un tejido desplegado sobre el territorio, estas palabras designan una cierta proliferación biológica y una especie de red de mallas desiguales que deja escapar a sectores más o menos extensos; aldeas o pueblos, regiones enteras. Si estudiamos los fenómenos a partir de la perspectiva del campo y de las antiguas estructuras agrarias, podremos analizar un movimiento general de concentración: de la población en los burgos y en las pequeñas o grandes ciudades, de la propiedad y de la explotación, de la organización de transportes e intercambios comerciales, etc. Ello aboca a un tiempo al despoblamiento y a la pérdida de lo característico campesino en los pueblos, que continúan siendo rurales, perdiendo lo que constituyó la antigua vida campesina: artesanado, pequeño comercio local. Los antiguos «modos de vida» se pierden en el folklore. Si analizamos el fenómeno a partir de las ciudades, se observa la extensión no sólo de periferias densamente pobladas sino de retículos (bancarios, comerciales e industriales) y de lugares de habitación (residencias secundarias, espacios y lugares de ocio, etc.).

El tejido urbano puede distinguirse utilizando el concepto de *ecosistema*, unidad coherente constituida alrededor de una o varias ciudades, antiguas o recientes. Pero esta descripción corre el riesgo de dejar al margen lo esencial. En efecto, el interés del «tejido urbano» no se limita a su morfología. Es el armazón de una «manera de vivir» más o menos intensa o desagradada: *la sociedad urbana*. Sobre la base económica del «tejido urbano» aparecen fenómenos de otro orden, de otro nivel, el de la vida social y «cultural». La sociedad y la vida urbana, conducidas por el tejido urbano, penetran en el campo. Semejante manera de vivir implica sistemas de fines y sistemas de valores. Los elementos más conocidos del sistema urbano de fines son el agua, la electricidad, el gas (butano en el campo), acompañados del coche, la televisión, los utensilios de plástico, el mobiliario «moderno», lo que implica nuevas exigencias en lo relativo a

los «servicios». Entre los elementos del sistema de valores, citaremos el ocio a la manera urbana (bailes, canciones), las costumbres, la adopción rápida de las modas. Y también, las preocupaciones por la seguridad, las exigencias de previsión relativas al porvenir; en resumen, una racionalidad difundida por la ciudad. Generalmente, la juventud, un grupo de edad, contribuye activamente a esta rápida asimilación de cosas y representaciones venidas de la ciudad. Trivialidades sociológicas, si se quiere, pero que conviene recordar para mostrar sus implicaciones. Entre las mallas del tejido urbano, persisten islotes e islas de *ruralidad* «pura», territorios a menudo pobres (no siempre), poblados de campesinos de edad, «mal adaptados», despojados de todo lo que constituyó la nobleza de la vida campesina en las épocas de la más grande miseria y opresión. La relación «urbanidad-ruralidad» no desaparece por tanto; por el contrario: se intensifica. Ello ocurre incluso en los países más industrializados. Esta relación interfiere con otras representaciones y otras relaciones reales: ciudad y campo, naturaleza y ficticidad, etc. Aquí y allá las tensiones se convierten en conflicto, los conflictos latentes se agudizan; aparece entonces a plena luz lo que se ocultaba bajo el «tejido urbano».

Por otra parte, los núcleos urbanos no desaparecen, roídos por el tejido invasor o integrados a su trama. Estos núcleos resisten, transformándose. Continúan siendo centros de vida urbana intensa (en París, el Barrio Latino). Las cualidades estéticas de estos núcleos antiguos desempeñan un importante papel en su mantenimiento. No solamente contienen monumentos, sedes de instituciones, sino espacios adecuados para fiestas, desfiles, paseos, esparcimientos. El núcleo urbano pasa a ser así producto de consumo de alta calidad para los extranjeros, turistas, gentes venidas de la periferia, suburbanos. Sobrevive gracias a esta doble función: lugar de consumo y consumo de lugar. De este modo, los antiguos centros entran más concretamente en el cambio y el valor de cambio sin perder valor de uso en razón de los espacios ofre-

cidos a actividades específicas. Pasan a ser centros de consumo. El resurgimiento arquitectónico y urbanístico del *centro comercial* sólo da una versión mustia y mutilada de lo que fue el núcleo de la ciudad antigua, a la vez comercial, religioso, intelectual, político, económico (productivo). La noción y la imagen del centro comercial se remontan en realidad a la Edad Media. El centro comercial corresponde a la pequeña y mediana ciudad medieval. Pero hoy, el valor de cambio se impone hasta tal punto sobre el uso y el valor de uso que poco a poco suprime este último. Esta noción no tiene, pues, nada de original. La creación que corresponde a nuestra época, a sus tendencias, a su horizonte (amenazador), *¿es otra cosa que el centro de decisiones?* Este centro, que reúne la formación y la información, las capacidades de organización y de decisiones institucionales, aparece como proyecto en vías de realización de una nueva centralidad, la del *poder*. Conviene que concedamos la mayor atención a este concepto, y a la práctica que denota y justifica.

Nos encontramos pues, en realidad, ante varios términos (al menos tres) en complejas relaciones, definibles por oposiciones de término a término, pero no agotados por estas oposiciones. Tenemos ruralidad y urbanidad (la sociedad urbana). Tenemos el tejido urbano, conductor de esta urbanidad, y la centralidad, antigua, renovada o nueva. De ahí una inquietante problemática, sobre todo cuando se pretende pasar del análisis a una síntesis, de las experiencias a un proyecto (a lo «normativo»). ¿Es preciso (pero, ¿qué significa este término?) dejar proliferar espontáneamente al tejido? ¿Conviene capturar esta fuerza, orientar esta vida extraña, salvaje y ficticia a la vez? ¿Cómo fortificar los centros? ¿Es útil? ¿Es necesario? Y, ¿qué centros, qué centralidad? ¿Qué hacer finalmente de las islas de ruralidad?

De este modo se entrevé, a través de los problemas bien diferenciados y de la problemática de conjunto, *la crisis de la ciudad*. Crisis teórica y práctica. En la teoría, *el concepto de la ciudad* (de la realidad urbana) se compone de hechos, representaciones e imágenes tomadas de

la ciudad antigua (preindustrial, precapitalista), pero en curso de transformación y de nueva elaboración. En la práctica, el *núcleo urbano* (parte esencial de la imagen y el concepto de la ciudad) se resquebraja, y, sin embargo, se mantiene; desbordado, a menudo deteriorado, a veces en descomposición, el núcleo urbano no desaparece. Si alguien proclama su fin y reabsorción en la malla, defenderá un postulado y una afirmación sin pruebas. Asimismo, si alguien proclama la urgencia de una restitución o reconstitución de los núcleos urbanos, continuará sosteniendo un postulado y una afirmación sincera, nueva y bien definida, a la manera que el pueblo dejó nacer la ciudad. Y, sin embargo, su reino parece acabar, a no ser que se afirme aún más fuertemente como centro de poder...

Hasta ahora hemos mostrado el asalto de la industrialización a la ciudad, y hemos esbozado un cuadro dramático de este proceso, considerado globalmente. Esta tentativa de análisis podría dejar creer que nos encontramos ante un proceso natural, sin intenciones, sin voluntades pero, aunque algo hay de esto, una visión así quedaría truncada. En un proceso semejante, intervienen activamente, voluntariamente, clases o fracciones de clases dirigentes que poseen el capital (los medios de producción) y controlan no solamente el empleo económico del capital y las inversiones productivas sino la sociedad entera, mediante el empleo de una parte de las riquezas producidas en la «cultura», el arte, el conocimiento, la ideología. Al lado de los grupos sociales dominantes (clases o fracciones de clases), o mejor aún, frente a éstos, está la clase obrera: el proletariado, también él dividido en estratos, en grupos parciales, en tendencias diversas, según las ramas de industria, las tradiciones locales y nacionales.

A mediados del siglo XIX, la situación es, en París, aproximadamente la siguiente: la burguesía dirigente, clase no homogénea, ha conquistado la capital de la lucha de alto nivel. Como testimonio, aparecen todavía hoy de manera sensible, el Marais: barrio aristocrático an-

tes de la revolución (pese a la tendencia de la capital y de la gente rica a derivar hacia el oeste), barrio de jardines y residencias particulares. El tercer estado, en algunas decenas de años, durante el período balzaquiano se apodera del barrio; un cierto número de magníficas residencias desaparecen; otras, son ocupadas por talleres, tiendas; los parques y jardines son reemplazados por casas de vecindad, comercios y almacenes, y empresas. La fealdad burguesa, la avidez por ventajas visibles y legibles en las calles se instalan en poco tiempo en lugar de la belleza y del lujo aristocrático. Sobre los muros de Marais pueden leerse las luchas de clases y el odio entre clases, la mezquindad victoriosa. Sería imposible hacer más perceptible esta paradoja de la historia, que en parte escapa a Marx. La burguesía progresista, tomando a su cuenta el crecimiento económico, dotada de instrumentos ideológicos aptos para este crecimiento racional que va hacia la democracia y reemplaza la opresión por la explotación, no crea ya en cuanto clase: reemplaza la obra por el producto. Quienes conservan el sentido de la obra, comprendidos novelistas y pintores, se consideran y se sienten «no burgueses». En lo que respecta a los opresores, a los amos de sociedades anteriores a la democracia burguesa —príncipes, reyes, señores y emperadores—, ellos sí tuvieron el sentido de gusto de la obra, en particular en el campo arquitectónico y urbanístico. La obra responde más al valor de uso que al valor de cambio.

Después de 1848 la burguesía francesa, sólidamente asentada en la ciudad (París), posee en ella sus medios de acción, bancos en el Estado, y no solamente residencias. Pero la burguesía se ve cercada por la clase obrera. Los campesinos acuden, se instalan alrededor de las «barre-ras», las puertas, la periferia inmediata. Antiguos obreros (de los oficios artesanos) y nuevos proletarios penetran hasta el corazón de la ciudad, habitan en ínfimos alojamientos, pero también en casas de vecindad, en las que los pisos inferiores son ocupados por gente de posición holgada, y los superiores por obreros. En este «desorden» los obreros amenazan a los ya instalados,

peligro que las jornadas de junio de 1848 evidenciaron, y que sería confirmado por la Comuna. Se elabora, pues una *estrategia de clase*, que apunta a la remodelación de la ciudad, prescindiendo de su realidad, de su vida propia. La vida de París adquiere su mayor intensidad entre 1848 y Haussmann: no la «vida» parisina, sino la vida urbana de la capital. Entonces entra en la literatura, en la poesía, con una pujanza y unas dimensiones gigantes-cas. Luego, terminará. La vida urbana supone encuentros, confrontaciones de diferencias, conocimiento y reconocimiento recíprocos (lo que se incluye dentro del enfrentamiento ideológico y político), maneras de vivir, *pat-terns* que coexisten en la Ciudad. A lo largo del siglo XIX, la democracia de origen campesino cuya ideología animó a los revolucionarios, hubiera podido transformarse en democracia urbana. Este fue, y continúa siendo para la historia, uno de los sentidos de la Comuna. Como la democracia urbana amenazaba los privilegios de la nueva clase dominante, ésta impidió su nacimiento. ¿De qué manera? Expulsando del centro urbano y de la ciudad misma al proletariado, destruyendo la «urbanidad».

Primer acto. El barón Haussmann, hombre de este Estado bonapartista que se erige por encima de la sociedad para tratarla cínicamente como botín (y no solamente como empeño de las luchas por el poder), reemplaza las calles tortuosas pero vitales por largas avenidas, los barrios sórdidos pero animados por barrios aburguesados. Si abre bulevares, si modela espacios vacíos, no lo hace por la belleza de las perspectivas, sino para «cubrir París con las ametralladoras» (Benjamin Péret). El célebre barón no disimula sus intenciones. Más tarde, se agradecerá a Haussmann el haber abierto París a la circulación. Pero no eran estos los fines y objetivos del «urbanismo» haussmanniano. Los espacios libres tienen un sentido: proclaman a voz en grito la gloria y el poderío del estado que los modela, la violencia que en ellos puede esperarse. Más tarde, se operan transvases hacia otras finalidades que justifican de una manera distinta los ajustes en la vida urbana. Debe advertirse que Hauss-

mann no ha alcanzado su objetivo. Uno de los logros que dieron su sentido a la Comuna de París (1871) fue el retorno por la fuerza al centro urbano de los obreros rechazados a los arrabales y la periferia, su reconquista de la Ciudad, ese bien entre los bienes, ese valor, esa obra que les había sido arrebatada.

Segundo acto. El objetivo estratégico sería alcanzado por una maniobra mucho más extensa y de resultados aún más importantes. En la segunda mitad del siglo, personas influyentes, es decir ricos, o poderosos, o ambos a un tiempo, ideólogos unas veces (Le Play) de concepciones muy marcadas por la religión (católica o protestante), hábiles hombres políticos otras (pertenecientes al centro-derecha) y que no constituyen por demás un grupo único y coherente, en resumen, algunos «notables», descubren una noción nueva, cuyo éxito, es decir, su realización sobre el terreno, sería cuenta de la III República. Los notables conciben el *habitat*. Hasta entonces «habitar» era participar en una vida social, en una comunidad, pueblo o ciudad. La vida urbana manifestaba esta cualidad entre otras, este atributo. Se prestaba a habitar, permitía a los ciudadanos habitar. De este modo, los mortales habitan mientras salvan la tierra, mientras esperan a los dioses... mientras conducen su propio ser en la preservación y el consumo...». Así habla del hecho de *habitar*, poéticamente, el filósofo Heidegger (*Essais et conférences*, pp. 177-178). Las mismas cosas, fuera ya de la filosofía y de la poesía, han sido dichas sociológicamente (en el lenguaje de la prosa del mundo). A fines del siglo XIX, los Notables aíslan una función, la separan del conjunto extremadamente complejo que la ciudad era y continúa siendo, para proyectarla sobre el terreno, sin por ello restar relevancia a la sociedad, a la que facilitan una ideología, una práctica, significándola de esta manera. Es cierto que los suburbios han sido creados bajo la presión de las circunstancias para responder al ciego empuje (aunque motivado y orientado) de la industrialización, al advenimiento masivo de campesinos canalizados hacia los centros urbanos por el «éxodo

rural». La estrategia no ha orientado en menor medida este proceso.

Estrategia de clases típica, pero, ¿significa esto una sucesión de actos concertados, planificados, con un solo objetivo? No. El carácter de clase aparece especialmente profundo, sobre todo, porque varias acciones concertadas, aunque polarizadas sobre varios objetivos, han convergido hacia un resultado final. Por descontado, todos esos notables no se proponían abrir una vía a la especulación. Algunos de ellos, hombres de buena voluntad, filántropos, humanistas, dan muestra incluso de desear lo contrario. Pero no por ello han frenado la movilización de la riqueza inmobiliaria alrededor de la Ciudad, el ingreso en el cambio y el valor de cambio, la restricción de suelo y alojamiento. Ello, con las implicaciones especulativas. No se proponían desmoralizar a la clase obrera sino, por el contrario, moralizarla. Entendían que implicar a los obreros (individuos y familias) en una jerarquía muy diferenciada de la que reina en la empresa, la de propiedades y propietarios, casas y barrios, sería benéfico. Querían atribuirles otra función, otro estatuto, otros roles que los afectos a su condición de productores asalariados. De este modo, pretendían asignarles una vida cotidiana mejor que la del trabajo. De este modo, imaginaron con el *habitat* el acceso a la propiedad. Operación ésta de extraordinario éxito, pese a que sus consecuencias políticas no siempre hayan sido las que presumieran los promotores. Así sucede siempre que es alcanzado un resultado, previsto o imprevisto, consciente o inconsciente. Ideológica y prácticamente, la sociedad se orienta hacia problemas distintos a los de la producción. La conciencia social, poco a poco, va cesando de tomar como punto de referencia la producción, para centrarse alrededor de la cotidianidad, del consumo. Con la implantación de suburbios se esboza un proceso, que descentra la Ciudad. El proletariado, separado de la Ciudad, terminará por perder el sentido de la obra. Apartado de los medios de producción, disponible a partir de un sector de *habitat* para actividades esparcidas, dejará atro-

fiar en su conciencia la capacidad creadora. La conciencia urbana va a disiparse.

Con la creación del suburbio se inicia en Francia una orientación urbanística incondicional enemiga de la Ciudad. Paradoja singular. Durante decenas de años, bajo la III República, aparecen textos autorizando y reglamentando el suburbio de pabellones y las parcelaciones. Alrededor de la ciudad se instala una periferia desurbanizada, y sin embargo dependiente de la ciudad. En efecto, los «suburbanos», los habitantes de las viviendas individuales suburbanas, no cesan de ser urbanos incluso si pierden conciencia de ello y se creen cercanos a la naturaleza, el sol y la vegetación. Para subrayar la paradoja, podría hablarse de urbanización desurbanizante y desurbanizada.

Esta extensión, precisamente por sus excesos, se frenará a sí misma. El movimiento por ella desencadenado arrastra a la burguesía y a los estratos acomodados, que instalan suburbios residenciales. El centro de la ciudad se vacía en provecho de las oficinas. El conjunto comienza entonces a debatirse en lo inextricable. Pero el proceso aún no ha terminado.

Tercer acto. Después de la última guerra, todos advierten que el cuadro se modifica en función de urgencias, de presiones diversas: crecimiento demográfico, empuje de la industrialización, aflujo de provinciales a París. La crisis de alojamiento confesada, reconocida, evoluciona hacia la catástrofe, con riesgos de agravar la situación política todavía inestable. Las «urgencias» desbordan las iniciativas del capitalismo y de la empresa «privada», que, por lo demás, no se interesa por la construcción a la que considera insuficientemente rentable. El Estado no puede ya contentarse con reglamentar las parcelaciones y la construcción de complejos de pabellones, con luchar (mal) contra la especulación inmobiliaria. A través de urbanismos interpuestos, toma a su cargo la construcción de alojamientos. Se inicia el período de los «nuevos barrios autosuficientes» y de las «nuevas ciudades».

Podría decirse que la función pública asume lo que hasta entonces entraba en una economía de mercado. Sin duda. Pero no por ello el alojamiento se convierte en un servicio público. El derecho al alojamiento aflora, por así decir, en la conciencia social. Se hace reconocer de hecho, en la indignación que los casos dramáticos levantan, en el descontento que la crisis engendra. Sin embargo, no es reconocido formal y prácticamente; es reconocido, por el contrario, como apéndice a los «derechos del hombre». La construcción que el Estado ha tomado a su cargo no transforma las orientaciones y concesiones adoptadas por la economía del mercado. Como Engels anticipara, la cuestión del alojamiento, incluso agravada, políticamente sólo ha desempeñado un papel secundario. Los grupos y partidos de izquierda se han limitado a reclamar «más alojamientos». Por otra parte, las iniciativas de los organismos públicos y semipúblicos no han sido guiadas por una concepción urbanística, sino, simplemente, por el propósito de proporcionar el mayor número posible de alojamientos lo más rápidamente posible y al menor costo. Los nuevos conjuntos autosuficientes estarán marcados por su carácter funcional y abstracto. Hasta ese punto ha llevado la burocracia de Estado a su forma pura el concepto de *habitat*.

Esta noción, la de *habitat*, continuaba siendo «incierto». Los núcleos de pabellones individuales permitían variantes, interpretaciones particulares o individuales del *habitat*. Una especie de plasticidad permitía modificaciones, apropiaciones. El espacio del pabellón —cerca, jardín, rincones diversos y disponibles—, al *habitarlo*, permitía un marco de iniciativa y libertad limitada pero real. La racionalidad estatal va hasta el extremo. En el nuevo conjunto* el *habitat* se instaura en estado puro, suma de presiones. El gran conjunto realiza el concepto de *habitat*, como dirían algunos filósofos, excluyendo el *habitar*: la plasticidad del espacio, el modelamiento de este espacio, la apropiación de sus condiciones de exis-

* Conjunto: barrio autosuficiente.

tencia por los grupos e individuos. De este modo, la cotidianidad completa funciones, prescripciones, empleo del tiempo rígido que se inscribe y se significa en este habitat.

El habitat del núcleo de pabellones ha proliferado alrededor de París en las comunas suburbanas, extendiendo de manera desordenada el dominio edificado. Una sola ley rige este crecimiento urbano y no urbano a la vez: la especulación del suelo. Los intersticios dejados por este crecimiento sin vacíos han sido colmados por los grandes conjuntos. A la especulación del suelo, mal combatida, se añadió la especulación de pisos cuando éstos eran objeto de copropiedad. De este modo se aseguraba dentro del valor de cambio la entrada del alojamiento en la riqueza mobiliaria y del suelo urbano, una vez desaparecidas las restricciones.

Si se define la realidad urbana por la dependencia respecto al centro, los núcleos periféricos son urbanos. Si se define el orden urbano por una relación perceptible (legible) entre centralidad y periferia, los núcleos periféricos están desurbanizados. Y se puede afirmar que «la concepción urbanística» de los grandes conjuntos se ha literalmente encarnizado con la ciudad y lo urbano para extirparlos. Toda la realidad urbana perceptible (legible) ha desaparecido: calles, plazas, monumentos, espacios significativos. Hasta el café (el *bistrot*) ha suscitado el resentimiento de los «conjuntistas», su gusto por el ascetismo, su reducción del habitar al habitat. Ha sido preciso que fueran hasta el fin en su destrucción de la realidad urbana sensible para que aparezca la exigencia de una restitución. Tímidamente, lentamente, hemos visto entonces reaparecer el café, el centro comercial, la calle, los equipamientos llamados culturales, en resumen, algunos elementos de la realidad urbana.

De este modo, el orden urbano se descompone en dos tiempos: pabellones y conjuntos. Pero no hay sociedad sin orden, significado, perceptibilidad, legibilidad sobre el terreno. El desorden suburbano insinúa un orden: la oposición de los sectores de pabellones y de los con-

conjuntos, que salta a la vista. Esta oposición tiende a constituir un *sistema de significaciones* urbano incluso en la desurbanización. Cada sector se define (en y a través de la conciencia de los habitantes) por relación al otro, por su contrariedad al otro. Los habitantes apenas tienen conciencia de un orden interno en su sector, pero los residentes en los conjuntos se consideran y perciben «no pabellonarios». Y recíprocamente. En el seno de la oposición, las gentes de los grandes conjuntos se instalan en la *lógica del habitat* y las gentes de los pabellones en lo *imaginario del habitat*. Los unos guardan la organización racional (en apariencia) del espacio. Los otros, la presencia del sueño, de la naturaleza, de la salud, al margen de la vida malsana y desagradable. Pero la lógica del habitat sólo se percibe a través de su relación con lo imaginario y lo imaginario por su relación con la lógica. Las personas se representan a sí mismas a través de aquello de lo que carecen o creen carecer. En esta relación, lo imaginario ocupa la posición de fuerza. Sobredetermina a la lógica: el hecho de habitar se percibe por referencia a los pabellones, tanto en unos como en otros (las gentes de los pabellones añoran la ausencia de una lógica del espacio, mientras que la de los conjuntos acusan la falta de no conocer la alegría pabellonaria). De ahí los sorprendentes resultados de las encuestas. Más del 80 por ciento de los franceses aspiran al alojamiento de vivienda individual y una considerable mayoría se declara «satisfecha» de los conjuntos. Un resultado que aquí no interesa. Conviene tan sólo subrayar que la *conciencia de la ciudad y de la realidad urbana se atrofia* tanto en unos como en otros, hasta su desaparición. La destrucción práctica y teórica (ideológica) de la ciudad no puede, por lo demás, evitar dejar un enorme vacío. Ello, sin contar los problemas administrativos, y otros de más difícil solución, cada vez. Para el análisis crítico, el vacío importa menos que la situación conflictiva caracterizada por el fin de la ciudad y la extensión de la sociedad urbana, mutilada, deteriorada, pero real. Los suburbios son urbanos, en una morfología disocia-

da, imperio de la separación y la escisión entre los elementos de lo que fue creado como unidad y simultaneidad.

Desde esta perspectiva, el análisis crítico puede distinguir tres períodos (que no coinciden exactamente con el recorte del drama de la ciudad en tres actos antes esbozado).

Primer período. La industria y el proceso de industrialización asaltan y arrollan la realidad urbana preexistente, hasta destruirla mediante la práctica y la ideología y extirparla de la realidad. La industrialización, llevada según una estrategia de clase, se comporta como potencia *negativa* de la realidad urbana: la economía industrial niega lo social urbano.

Segundo período (en parte yuxtapuesto al primero). La urbanización se extiende. La sociedad urbana se generaliza. La realidad urbana se hace reconocer en su destrucción y a través de esta misma destrucción, como realidad socioeconómica. Se descubre que la sociedad total corre el riesgo de descomponerse si la ciudad y la centralidad le faltan; ha desaparecido un dispositivo esencial para la urbanización planificada de la producción y del consumo.

Tercer período. Se reencuentra o se reinventa (no sin que la práctica y las concepciones sufran su destrucción) la realidad urbana. Se intenta restituir la centralidad. ¿Quiere esto decir que ha desaparecido la estrategia de clases? No es así: simplemente, se ha modificado. A las antiguas centralidades, a la descomposición de los centros, sustituye ahora el *centro de decisión*.

De este modo nace o renace la reflexión urbanística, sucesora de un urbanismo sin reflexión. Los amos, antaño, reyes y príncipes, no tuvieron necesidad de una teoría urbanista para embellecer sus calles. Bastaba con la presión que el pueblo ejercía sobre los amos, y también, con la presencia de una civilización y un estilo para que las riquezas procedentes del trabajo de este pueblo se invirtieran en obras. El período burgués pondría fin a esta tradición milenaria. Al mismo tiempo, este período aporta

una racionalidad nueva diferente de la racionalidad elaborada por los filósofos desde Grecia.

La Razón filosófica proponía definiciones (discutibles, pero pivotadas en razonamientos bien elaborados) del hombre, el mundo, la historia, la sociedad. Su generalización democrática dio lugar a un acto seguido a un racionalismo de opiniones y actitudes. Cada ciudadano tenía, o se presumía que tenía, una opinión razonada sobre cada hecho y cada problema que le concernía; esta sensatez rechazaba lo irracional; una razón superior debería salir de la confrontación de ideas y opiniones, una sabiduría general incidente en la voluntad general. Inútil insistir en las dificultades de este racionalismo clásico, ligadas a las dificultades políticas de la democracia, las dificultades prácticas del humanismo. Durante el siglo XIX, y sobre todo durante el XX, la racionalidad organizadora adquiere forma, que opera a los diversos niveles de la realidad social. ¿Procede de la empresa y la gestión de las unidades de producción? ¿Nace al nivel del estado y la planificación? Lo importante es que constituye una *razón analítica* llevada a sus últimas consecuencias. Parte de un análisis metódico de los elementos, lo más sutil posible (de una operación productora, de una organización económica y social, de una estructura o una función). A continuación, subordina estos elementos a una finalidad. ¿De dónde sale la finalidad? ¿Quién la formula? ¿Quién la estipula? ¿Cómo y por qué? Éste es el fallo y la perdición de este racionalismo operativo. Los que lo sostienen pretenden deducir la finalidad del encadenamiento de las operaciones. Y, sin embargo, nada hay de eso. La finalidad, es decir la totalidad y la orientación de la totalidad, se decide. Decir que proviene de las mismas operaciones supone encerrarse en un círculo vicioso: la anatomía analítica aparece entonces como su propio objetivo, su propio sentido. La finalidad es objeto de decisión. Es una *estrategia*, justificada (más o menos) por una *ideología*. El racionalismo que pretende deducir de sus propios análisis el objetipo que estos análisis persiguen, es a su vez una *ideología*. La noción de *sistema* recubre a la

de *estrategia*. Ante el análisis crítico, el sistema se revela estrategia, se desvela como decisión (finalidad decidida), proyecciones éstas sobre el terreno de la sociedad en la que tales decisiones estratégicas han sido tomadas. Ya antes hemos demostrado cómo la estrategia de clases ha orientado el análisis y el recorte de la realidad urbana, su destrucción y su restitución.

Sin embargo, desde el punto de vista del racionalismo tecnocrático, el resultado sobre el terreno de los procesos examinados sólo representa un caos. En esa «realidad» que observan de manera crítica —zonas suburbanas y tejido urbano y núcleos subsistentes—, no reconocen estos racionalistas las condiciones de su propia existencia. Ante ellos aparecen sólo contradicción y desorden. Tan sólo la razón dialéctica, en efecto, puede dominar (por el pensamiento reflexionante, por la práctica) procesos múltiples y, paradójicamente, contradictorios.

¿Cómo poner orden en esta confusión caótica? De este modo plantea su problema el racionalismo de la organización. Este desorden no es normal. ¿Cómo instituirlo bajo título de norma y normalidad? Inconcebible. Este desorden es malsano. El médico de la sociedad moderna ve en sí al médico del espacio social enfermo. ¿Con qué finalidad? ¿Qué remedio? La *coherencia*. El racionalismo instaurará o restaurará la coherencia en la realidad caótica a la que observa y que se ofrece a su acción. Este racionalista corre el riesgo de no advertir que la coherencia es una forma, y, por tanto, más que un fin, un medio, que terminará por sistematizar la *lógica del habitat*, subyacente al desorden e incoherencia aparentes, que va a tomar como punto de partida de sus actuaciones coherentes hacia la coherencia de lo real. De hecho, no hay una marcha única o unitaria en la reflexión urbana, sino varias tendencias aprehendibles por su relación a este racionalismo operacional. Entre estas tendencias, unas se afirman *en contra*, otras *a favor* del racionalismo, al que llevan a formulaciones extremas. Ello interfiere con la tendencia general de los que se ocupan de urbanismo a no comprender más que lo que pueden tra-

ducir en términos de operaciones gráficas: ver, sentir bajo la punta del lápiz, dibujar.

Se distinguirá pues:

a) El urbanismo de los hombres de buena voluntad (arquitectos, escritores). Sus reflexiones y sus proyectos implican una cierta filosofía. Generalmente, están vinculados a un humanismo: al antiguo humanismo clásico y liberal. Ello no va exento, sin embargo, de una buena dosis de nostalgia. Se quiere construir «a escala humana» para «los hombres». Estos humanistas se presentan a un tiempo como médicos de la sociedad y creadores de relaciones sociales nuevas. Su ideología, o, mejor aún, su idealismo, con frecuencia procede de modelos agrarios, que su reflexión ha adoptado de manera irreflexiva: el pueblo, la comunidad, el barrio, el Ciudadano, al que se dotará de edificios cívicos, etc. Se pretende construir edificios y ciudades «a escala humana», «a su medida», sin concebir que en el mundo moderno el «hombre» ha cambiado de escala y que la medida de antaño (pueblo, ciudad) se transforma en desmedida. En el mejor de los casos, esta tradición aboca a un *formalismo* (adopción de modelos que no tienen ni contenido ni sentido) o a un *esteticismo* (adopción de antiguos modelos por su belleza, que se arrojan como pasto para saciar los apetitos de los consumidores).

b) El urbanismo de los administradores vinculados al sector público (estatal). Este urbanismo se cree científico. Se funda, ya sobre una ciencia, ya sobre investigaciones que se pretenden sistemáticas (pluri o multidisciplinares). Este cientifismo que acompaña a las formas deliberadas del racionalismo operativo tiende a descuidar lo que llaman «factor humano». También él está dividido en tendencias. A veces, a través de una ciencia semejante, una técnica se impone, convirtiéndose en punto de partida; generalmente, se trata de una técnica de circulación, de comunicación. Se extrapola a partir de una ciencia, de un análisis fragmentario de la realidad considerada. Las informaciones o las comunicaciones son optimizadas en un modelo. Este urbanismo tecnocrático y

sistematizado, con sus mitos y su ideología (a saber, la primariedad de la técnica), no dudaría en arrasar lo que queda de la Ciudad para dejar sitio a los automóviles, a las comunicaciones, a las informaciones ascendentes y descendentes. Los modelos elaborados sólo pueden entrar en la práctica tachando de la existencia social las mismas ruinas de lo que la Ciudad fue.

A veces, por el contrario, las informaciones y los conocimientos analíticos procedentes de diferentes ciencias son orientados hacia una finalidad estética. Pero *se concibe menos una vida urbana a partir de informaciones sobre la sociedad que una centralidad urbana que disponga de informaciones facilitadas por las ciencias de la sociedad*. Estos dos aspectos se confunden en la concepción de los *centros de decisión*, visión global ésta en la que el urbanismo, ya unitario a su manera, aparece vinculado a una filosofía, a una concepción de la sociedad, a una estrategia política (es decir a un sistema global y total).

c) El urbanismo de los promotores. Éstos conciben y realizan para el mercado, con propósitos de lucro, y ello sin disimularlo. Lo nuevo y reciente es que ya no venden alojamientos o inmuebles, sino *urbanismo*. Con o sin ideología, el urbanismo se convierte en valor de cambio. El proyecto de los promotores se presenta con los alicientes de lugar y ocasión privilegiados: lugar de dicha en una vida cotidiana milagrosa y maravillosamente transformada. Lo imaginario del habitat se inscribe en la lógica del habitat y su unidad da una práctica social que no tiene necesidad de sistema. De ahí esos textos publicitarios ya famosos y que merecen pasar a la posteridad porque en ellos la publicidad pasa a ideología. Parly II «engendra un nuevo arte de vivir», un «nuevo estilo de vida». La cotidianidad parece un cuento de hadas. «Colgar el abrigo en el vestíbulo de la entrada y, ya más ligero, salir a sus asuntos después de haber confiado los niños a los Jardines de Infancia de la galería, reunirse con las ainigas, tomar algo juntas en el *drugstore*...» He aquí realizada la imagen de la alegría de vivir. La socie-

dad de consumo se traduce en órdenes: orden de sus elementos sobre el terreno, orden de ser felices. Este es el marco, el decorado, el dispositivo de vuestra felicidad. Si no sabéis aprovechar la ocasión de aceptar la felicidad que se os ofrece para hacer vuestra felicidad, es porque... ¡Inútil insistir!

A través de las diversas tendencias se perfila una *estrategia global* (es decir, un sistema unitario y un urbanismo ya total). Unos harán entrar a la sociedad de consumo dirigida en la práctica y la concretizarán sobre el terreno. Construirán no sólo centros comerciales sino centros de consumo privilegiados: la ciudad renovada. Impondrán, haciéndolo «legible», una ideología de la felicidad gracias al consumo, y la alegría gracias al urbanismo adoptado a su nueva misión. Este urbanismo programa una cotidianidad generadora de satisfacciones (sobre todo para las mujeres que aceptan y participan). El consumo programado y cibernético (previsto por los computadores) se convertirá en regla y norma para toda la sociedad. Otros, edificarán los *centros decisivos*, concentrando los medios de poder: información, formación, organización, operación. O, también, represión (coacciones, entre ellas la violencia) y persuasión. (ideología, publicidad). Alrededor de estos centros, en orden disperso, de acuerdo con las normas y presiones previstas, se repartirán sobre el terreno las periferias, la urbanización desurbanizada. Todas las condiciones se reúnen así para un dominio perfecto, para una refinada explotación de la gente, a la que se explota a un tiempo como productores, como consumidores de productos, como consumidores de espacio.

La convergencia de estos proyectos arrastra los mayores peligros. Plantea *políticamente* el problema de la sociedad urbana. Es posible que de estos proyectos nazcan nuevas contradicciones que estorben la convergencia. Si se constituyera una estrategia unitaria y ésta tuviera éxito, nos encontraríamos quizás ante lo irreparable.